

Presentación: Teoría arqueológica en español

El origen de la publicación de este volumen monográfico sobre teoría arqueológica surgió, como ocurre en muchas otras circunstancias de la vida, de una casualidad. Cierta día llegó a la revista un artículo bastante “raro” que el consejo de redacción consideró que, ni por el tema ni por el contexto, encajaba con la línea actual de *Complutum*. Es decir, el trabajo no se parecía en nada a lo que veníamos publicando en los últimos años. Por otro lado, determinados hechos recientes aconsejaban a los más atrevidos dentro de la Redacción tener un cuidado especial con lo que finalmente veía la luz en sus páginas. Ahora mismo ya no recordamos a quién se le ocurrió que una forma de aprovechar el trabajo, que por supuesto a los tres nos parecía interesante, podría ser publicarlo junto con otros de su misma o parecida cuerda.

A pesar de nuestros temores iniciales, no resultó difícil encontrar a unos cuantos excéntricos y excéntricas dispuestas a estrujarse las neuronas para producir algo que fuera más allá de la descripción y breve excursión sobre la materialidad física que nuestros ojos ven a primera vista en los hallazgos arqueológicos. Una primera impresión de los temas tratados nos indica que, pese a ser muy variados porque no se sugirió ningún asunto en concreto, hay algunas coincidencias: teoría poscolonial (3 artículos), ídem y patrimonio (1), patrimonio (1), teoría del género (2), teoría evolutiva (1), historiografía (1), teorías de la complejidad (1), análisis del discurso arqueológico (1) y praxis arqueológica (1).

Tres artículos asignables a la teoría poscolonial provienen de Suramérica (Colombia y Argentina), donde se están produciendo originales contribuciones y sacando el tema del lugar en que ha estado recluido casi desde sus orígenes, el antiguo imperio británico y el “oriente” en general. Cristóbal Gnecco parte de una idea de Žižek para censurar la actual sociedad multicultural de Occidente, donde se aplica una falsa tolerancia del “otro folklórico” (exotizado para así limitar su desarrollo) y se aprovecha precisamente esa fragmentación para seguir imponiendo los principios únicos del mercado. A su vez, la arqueología multicultural cambia algo para que todo siga igual: devuelve o comparte algunas cosas para así poder “preservar sus privilegios cognitivos, su mirada logocéntrica, su sólida red narrativa, su impacto mnemónico.” No es la primera vez que se propone la necesidad de “liberar el campo discursivo” para radicalizar esa diferencia y al menos poder imaginar las alternativas que transformen nuestro mundo rígidamente naturalizado. La tarea sigue en marcha.

Un paso más en esa misma dirección es el que propone Alejandro F. Haber en su recuento de una excavación argentina donde la minería antigua se sigue practicando con los rituales tradicionales. Integrarse en esos rituales lleva a “los límites del conocimiento” y alumbrar nuevas interpretaciones, como por ejemplo que las antiguas estructuras de habitación estaban situadas sobre la propia mina para “criar” el mineral porque “la veta crece de noche”. Comprender la continuidad de la opresión de los mineros en el presente permite ver cómo en el pasado la cultura material actuaba bajo forma de resistencia: la serpiente dibujada sobre las cerámicas seguramente era la misma que llevaban los jefes rebeldes en su nombre (*Katari, amaru*). El viaje que realiza el arqueólogo hasta ser tocado por la diferencia ontológica del indio, mediante la conversación que fundamenta ese (inter)cambio de perspectivas, le acaba llevando a cuestionar la normalidad de su hegemonía e iniciar la mudanza de lugar y de escritura, hasta palpar ese lado interno que, como la serpiente, sigue resistiendo la dominación.

El trabajo de Beatriz Marín cuestiona la interpretación histórico-arqueológica tradicional del colonialismo protohistórico en las costas mediterráneas de la Península Ibérica, criticando por un lado la prelación “civilizadora” otorgada tradicionalmente a griegos y romanos sobre los anteriores fenicios, y por otro resaltando la continuidad e influencia local en los asentamientos de los últimos. Asimismo, critica la utilización del término “colonialismo” por las connotaciones históricas que tiene: frente a esto, la autora sugiere que la arqueología puede ofrecer una visión distinta, a partir del registro material, sobre los encuentros interculturales en el pasado. El trabajo de Virginia M. Salerno nos presenta un repaso histórico del surgimiento de la arqueología pública en Argentina, y en general en los países del “sur geopolítico” que abarca también a África y Oceanía, rechazando que sea únicamente Europa, y con ella la ciencia moderna y el capitalismo, el único lugar privilegiado de enunciado de conocimientos, y apostando de nuevo por la mayor diversidad de “agentes autorizados” a estudiar el pasado, incluyendo las poblaciones históricamente no visibles, todo ello en aras de la restitución de sus recursos económicos y simbólicos propios. En la misma línea de una nueva concepción del patrimonio arqueológico está la contribución de David Barreiro, que

repara de manera amplia las nuevas visiones, críticas y dialécticas, de la conservación y beneficio público de los restos de nuestro pasado, dentro de una concepción ecológica y sostenible según la cual esos restos nos garantizan que, algún día, y como ya lo fue el pasado, el futuro será en verdad diferente. La arqueología supera, desde esta perspectiva, los límites de la academia y se abre de forma decidida hacia la sociedad.

Los dos trabajos presentados dentro de la óptica general de la arqueología feminista se encargan de demostrar, entre otras cosas no menos importantes, que la fuerza explicativa de la corriente está muy lejos de agotarse, y también que va mucho más allá de la mera defensa de los intereses personales y profesionales de esa mitad de la humanidad incomprensible e injustamente marginada. Ambos estudios parten de la denuncia ideológica del patriarcado, entendido como gigantesco “dispositivo” de poder que abarca todas las esferas humanas y ha sido creado por y a beneficio de los hombres en su conjunto, pero en última instancia también en su detrimento y de forma imprevista, como demuestra Almudena Hernando. En el campo científico se trata de deconstruir esa “masculinidad hegemónica” compuesta de valores pretendidamente universales (individualidad, poder, razón, etc.), para incorporar, de forma combinada, aquellos que tradicionalmente ha representado la femineidad (afecto, relación, cuidado, interdependencia), labor que se anuncia “extremadamente difícil”, entre otras cosas por la mezcla variable con la que aparecen todos ellos en cada ser humano. En el campo arqueológico, el primer trabajo, de Sandra Montón y Sandra Lozano, encarece los estudios emprendidos últimamente en España sobre el campo de las “actividades de mantenimiento”, que no se limitan a las tecnologías domésticas en general sino que constituyen el entramado básico que crea y mantiene la propia sociedad. Seguidamente se critica la hegemonía masculina, no tanto personal como ideológica, en el campo académico, que para las autoras sería la causante principal de los defectos y corruptelas que desde hace tanto tiempo se vienen criticando. Epistemológicamente, tal vez lo más interesante, a la vez que discutible, sea la pretensión feminista de detentar un “privilegio epistémico” (teoría del *standpoint*), por su “experiencia situada” de grupo subordinado, a la hora de enfocar y criticar el fenómeno patriarcal.

El artículo de Almudena Hernando incide en la línea de sus últimos trabajos y en especial su monografía recién publicada sobre “la fantasía de la individualidad”, tema citado y resumido también por las autoras anteriores. En la construcción de la personalidad de los seres humanos, y ya desde la Prehistoria, se puede advertir un progresivo cambio desde una “identidad relacional”, que prima la dependencia con los demás miembros del grupo y fue en un principio idéntica en hombres y mujeres, hacia una “individualidad” que prima el interés personal, sobre todo masculino, y se asienta más en la razón que en la emoción. Aparte del interés del modelo para entender el mundo presente y la crisis ideológica del momento, tema primario del trabajo, la autora lo aplica al origen de la desigualdad social durante el Neolítico y edades de los metales en la Prehistoria. Destacando cómo los primeros objetos de prestigio no solo son masculinos sino que unifican la apariencia de esos primeros hombres con poder, se presenta una de las pocas explicaciones originales del “tema” esencial de la historia humana, cuyo hiper-desarrollo nos está llevando hoy al desastre cada vez más inminente: a través de qué mecanismos identitarios se posibilitó la emergencia del poder diferenciado dentro del grupo. Al hacerlo se denuncia la trampa de la individualidad, pues se pone de manifiesto que, en contra de lo que el discurso de la Ilustración nos hizo creer, el individuo no sustituyó a la comunidad, ni la razón a la emoción, como mecanismos de seguridad de nuestro grupo. La arqueología pone en evidencia que, a medida que se individualizaban, los hombres iban incluyéndose en grupos de pares, dentro de los cuales seguía actuando la identidad relacional.

El trabajo de Daniel García Rivero sobre arqueología evolutiva presenta algunos de los desarrollos producidos en los renovados intentos de aplicar la teoría darwinista (variación-adaptación-selección) al análisis social y en especial al cambio cultural. Como se apreciará, este paradigma eminentemente moderno choca con la orientación del resto de trabajos del volumen, que en líneas generales podríamos inscribir en el ámbito de lo “post” moderno. La gran importancia histórica que el evolucionismo ha tenido en la arqueología, y el valor metodológico que muchas de sus propuestas –como la seriación, analizada a fondo en el trabajo– presentan por encima de diferencias paradigmáticas aconsejaron colocar aquí este estudio, por otro lado absolutamente “teórico”. Aunque pensemos que al ser humano se le aborda de forma mucho más directa y provechosa a través de sus productos culturales, es decir de sus diversas formas de lenguaje, no deberíamos dejar de lado el creciente prestigio de las aproximaciones naturalistas, sobre todo de las neurociencias, en el campo de las ciencias sociales y humanidades; prestigio que empezamos a ver reflejado en la cada vez mayor financiación de sus proyectos, también debida a que la mayoría de los evaluadores de la investigación proceden del campo científico-natural. Por otro lado, nadie puede negar que los fenómenos naturales son parte y explican mucho de nuestro comportamiento, y que en tal esfera sigue brillando la luz, deconstructiva y liberadora, del pensamiento que hace más de siglo y medio nos regaló Charles Darwin.

El artículo de Oscar Moro sobre la nueva historiografía es ante todo un alegato a favor de la propia historia de la arqueología, como de cualquier ciencia, en tanto que constituyente básico de su realidad presente. A pesar del aumento de especialistas dedicados al tema y de los estudios publicados, tenemos la impresión de que para muchos aún sigue siendo como aquellos primeros capítulos que había que escribir en todos los manuales y memorias y que se leían en todo caso como una curiosidad. De forma concisa y bien informada, el autor pone en su sitio a la historia presentista (*whig history*) que solo ve el pasado como el preámbulo necesario del presente, para seguidamente ofrecer un útil resumen de las polémicas actuales. Lo más curioso del asunto tal vez venga de que la historiografía ha vuelto a ser presentista, pero en un sentido completamente diferente: el posmodernismo nos ha hecho ver hasta qué punto el pasado se interpreta *siempre* desde la actualidad. Por otro lado, el autor incide en su idea crítica del externalismo dominante en la historiografía posmoderna, es decir, la tendencia a buscar una explicación última del desarrollo disciplinar en las condiciones sociales y políticas del momento. Por un lado, se advierte que la misma división entre ciencia y sociedad es difícilmente sostenible por cuanto sus interrelaciones son numerosas, y por otro se critica que el enfoque sesgado hacia lo externo -en especial cuando se concentra en un único tema, como nacionalismo o colonialismo- impide ver otros elementos constitutivos más importantes, como sin ir más lejos los propios datos empíricos.

Como se ve, en casi todos los campos aquí tratados se advierte que la madurez de una disciplina implica necesariamente una mayor complejidad, y tal vez por ello una menor claridad. Precisamente de esto es lo que habla el estudio de Pablo Alonso, que intenta resumir el complejo pensamiento de Gilles Deleuze, un pensador actualmente en auge en las ciencias sociales, y su aplicación en historia y arqueología. Si hay algo que caracterizaba al pensador francés era su experimentación con nuevos conceptos (*agenciamiento, atractor...*), muchas veces tomados de las ciencias naturales (*molar, molecular, fractal...*), dentro de un “giro ontológico” que ahora no se pregunta por el conocimiento de la realidad (epistemología) sino por la realidad misma. La cuestión ya no es que el conocimiento sea algo construido, sino que todo, incluidos nosotros mismos, somos algo construido, de forma por supuesto compleja, y es por ello que los modelos, que tienen en cuenta tanto el mundo mental como el material (la física, por ejemplo) aspiran a fomentar la multisubjetividad: “la proliferación de subjetividades arqueológicas informadas y no de las imposibles científicas positivistas, multivocalidades o simetrías epistemológicas”. Aquí importan las propiedades “emergentes”, la retroalimentación, etc., moviéndose más allá del lenguaje (sería una radicalización extrema del estructuralismo/constructivismo) pero al mismo tiempo quedándose más acá, en la física material de las cosas. En la frecuentada dicotomía estructura/individuo no se prioriza a ninguno de ellos, sino a un “continuum cambiante poblado por *agenciamientos* que modulan la realidad”. En el análisis histórico, se nos ofrece una nueva “caja de herramientas” para un pensamiento que no sea lineal ni dialéctico, sino “rizomático”, como la realidad misma.

El artículo de Víctor M. Fernández supone un intento de profundizar en la forma en que escriben los arqueólogos, concentrándose en los términos de carácter teórico que se emplean en textos de carácter programático o paradigmático. Dentro de la disciplina lingüística del análisis del discurso, en concreto de los “géneros” del discurso científico, cuyas características se presentan al comienzo del trabajo, se sigue la metodología con la que Ernesto Laclau aplicó la deconstrucción derridiana al discurso político, defendiendo aquí su aplicación también al científico. Comparando cuatro ejemplos concretos, se ve con claridad que los discursos más positivistas (procesual y marxista) necesitan “fijar” en mayor medida el sentido de su argumentación mediante significantes “privilegiados” (puntos nodales, *points de capiton*: “economía” y “producción”) sin los cuales no entenderíamos realmente lo que quieren decir los textos concretos. En los textos “pospositivistas” (estructuralista y posprocesual) abundan los términos metalingüísticos referentes al significado mismo, pero por el mismo hecho de ser tan numerosos y dispersos su acción como puntos nodales parece menos efectiva. En ellos por lo tanto se permite una mayor “flotación” de los significados, en un paso más hacia la confirmación de la imposibilidad de decidir en el territorio del lenguaje, base misma de cosas tan deseables como la tolerancia y la democracia.

El trabajo de Alfredo González Ruibal, tal vez sin habérselo propuesto expresamente, resulta muy efectivo para convencer a quienes todavía pueden seguir pensando que la teoría arqueológica no sirve para nada: aquí se expone cómo debería ser la práctica arqueológica de los próximos años, si es que hemos de aprovechar algo de los sesudos esfuerzos de cientos de arqueólogos teóricos en los cinco continentes. A pesar del *impasse* que el autor cree apreciar en la teoría social presente, afectada por una indefinición paradigmática de la arqueología teórica, un predominio “metateórico” de la arqueometría y una aburrida y atórica persistencia del historicismo y el mero descriptivismo, es posible señalar caminos nuevos, o recordar otros casi olvidados, que renueven la profesión. Para el autor, esa otra-nueva arqueología debería:

negar los límites temporales (ocupándose tanto del presente como del pasado), escapar del historicismo (enfocando temas multitemporales que abarquen diversas épocas), ser participativa y pública (admitiendo puntos de vista diferentes pero evitando el populismo que da la razón a todo el mundo), admitir su dimensión política más conflictiva (adoptando el punto de vista mayoritario de los débiles, es decir, siendo radicalmente democrática), colocar la creatividad literaria al mismo nivel que la objetividad científica y desarrollando nuestra propia retórica del pasado (evitando tomar prestadas las metáforas ajenas y empezar a proponer las nuestras propias), reivindicar plenamente la materialidad al mismo nivel que el discurso (un “giro ontológico” hacia lo que está vedado a la palabra pero intacto en el inconsciente), dialogar de igual a igual con otras disciplinas, desplazar los centros del saber del mundo anglosajón hacia las periferias y finalmente admitirse como inevitable y abiertamente teórica.

Quizás la última sea la más ambiciosa de un conjunto muy ambicioso de propuestas, pero sin duda es la fundamental que viene a englobar a las demás. Igual que aquel viejo consejo que se daba a quienes soñaban con convertirse en escritores (“proponte escribir como lo haría hoy Cervantes”), cada uno de nosotros debería tener en la mente las cuestiones más importantes y universales cuando enfoque el más pequeño yacimiento o el más humilde cacharro. Como consecuencia, y en palabras del último autor, en esa “otra” arqueología un túmulo megalítico nos demostraría que otro mundo es posible.

Los editores